

El lenguaje de señas

Un camino para la comunicación

Eswin Leonardo Hernández Rebolledo

Apure, Venezuela.
eswinl@hotmail.com

Tengo 21 años y vivo en la ciudad de San Fernando, estado Apure, Venezuela. Estudio en el Instituto Pedagógico Rural “El Macaro”, extensión Apure, de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Soy intérprete del Lenguaje de Señas Venezolano desde hace cuatro años.

Comencé a aprender el lenguaje de señas en un curso introductorio que dieron los misioneros de Maracay (estado Aragua) de la Iglesia Cristiana Evangélica a la cual pertenezco. Cuando el curso terminó me llamaron para que ayudara con los sordos en las actividades que la Iglesia realizaba. Al principio nos fue difícil entendernos, pero cada día me esforzaba para aprender más señas y la forma correcta de realizarlas. Algunos meses después los misioneros dejaron una Iglesia de 18 cristianos sordos a cargo de dos pastores; uno de ellos es oyente.

Desde entonces formo parte de un ministerio de sordos que colabora con ellos en todas las áreas, pero mi trabajo como intérprete no se reduce al ámbito de la Iglesia. También soy traductor voluntario en el Instituto Radiofónico Fe y Alegría (IRFA) en mi estado Apure.

Mi función como intérprete consiste en igualar las condiciones de comunicación entre las personas sordas usuarias del lenguaje de señas y las personas que no la manejan, es decir, posibilitar la comunicación entre sordos y oyentes. El trabajo de interpretación que realizo ayuda a los sordos a desenvolverse en un mundo de oyentes: a conseguir trabajo, a que amplíen su conocimiento del español, a avanzar en sus estudios y a montar obras de teatro y otras actividades culturales a través de las cuales ellos expresan sus pensamientos y emociones.

Un intérprete debe ser despierto y curioso, buscar siempre aprender de todo lo que le rodea y mejorar sus habilidades en el uso del lenguaje de señas. Debe ser un buen comunicador y tener un respe-

to profundo por la dignidad de todas las personas; debe estar comprometido con su profesión y ejercerla responsablemente.

Los primeros datos sobre la educación de los sordos se remontan al siglo XVI, con Pedro Ponce de León, benedictino del monasterio de Ona (Valencia). El lenguaje de gestos no surgió como algo exclusivo de las personas con discapacidad auditiva, sino que también se utilizaba en los monasterios donde regía la regla del silencio.

Entre 1616 y 1703, John Wallis expuso las primeras nociones de pedagogía táctil: colocar la palma de la mano del sordo sobre la laringe del oyente para percibir la explosión consonántica y así conocer el movimiento vibratorio que acompaña la producción de los fonemas sonoros. Pero la verdadera historia del lenguaje de señas comenzó en Francia a mediados del siglo XVIII, con el célebre Abate Charles Michel De L'Epee, quien hizo que la educación de los sordos diera un giro fundamental. A partir de sus observaciones del lenguaje de señas rudimentario que habían desarrollado algunos sordos en París fue desarrollando un sistema más formal, relacionando el lenguaje escrito con las señas, de manera que se pudieran comunicar palabras y conceptos. En 1760 De L'Epee comenzó a dictar las primeras clases de señas para sordos, y en 1816 un discípulo suyo fundó la primera escuela para sordos.

El lenguaje de señas o lenguaje gestual es tan complejo y extenso como el español o cualquier otro lenguaje. Existen muchas diferencias entre las señas que se utilizan en distintos países, e incluso entre distintas regiones de un mismo país, tal y como sucede con el lenguaje oral. Precisamente para compartir y aprender de estas diferencias la Iglesia Cristiana Evangélica organiza cada año un campamento de ocho días en el que sordos y oyentes (intérpretes) de todos los estados del país, y algunos de otros países, comparten sus conocimientos y comparan las señas. Además del enriquecimiento del lenguaje de señas, los campamentos son un pretexto para establecer amistades y convivir. En estos campamentos toda la comunicación es gestual, tanto entre oyentes como entre sordos.

Ser intérprete es mi mayor satisfacción. Mi deseo es seguir apoyando a las personas sordas para que se sigan superando cada día.

